

Laumerino Serra, olv

José María Torrijos Legazpi

jmtorrijos@laestrella.com.pa
PANAMÁ

Han transcurrido 760 minutos del día. Aunque es miércoles, a esta hora, las 12:40 p.m., no se ve ningún movimiento en la Plaza Víctor Julio Gutiérrez, donde generalmente se realiza el sorteo de la Lotería. Una señora que intenta vender sus últimos billetes dice: "Hoy hay sorteo. No sé dónde es, pero puede ver que aquí no".

Cruzando la acera, Laumerino Serra está sentado en la entrada de su habitación, mirando hacia afuera mientras abre un paquete de cinta adhesiva. El olor del incienso se confunde con el de las salchichas en salsa de tomate que está calentando en una pequeña cacerola. Su habitación está conformada por un pedazo de tabla con seis patas de madera rústica donde descansa, a la cual llama cama; una estufa eléctrica de un quemador con la que cocina; un envase donde guarda galletas y otros alimentos; una botella de seco y un extintor; algo de ropa; y telas; además de uno que otro cachivache.

Serra vive entre la calle 32 y Avenida Perú. Cuando se dice "entre la calle", no se hace referencia a ninguno de los edificios de esa área de Calidonia; sino, literalmente, en la calle. Laumerino lleva aproximadamente 701,265,022 horas radicado en la parte de atrás de la vagoneta que tiene estacionada lateral al Archivo Nacional. En palabras llanas: ocho años encerrado en ese mínimo espacio de poco más de metro y medio de alto que, a simple vista, no supera los 120 centímetros de ancho ni de largo.

Hosco al principio; pero mucho más afable a medida en que pasan los minutos, en su confuso "portuñol", este relojero brasileño radicado en Panamá explica que él posee una casa en Veracruz (Arauján), en donde tiene un "taller grande, muy grande". Sin embargo, por órdenes de la justicia, él no puede pisar su residencia y, aunque asegura que hace poco una jueza en La Chorrera ordenó que le devolvieran todas las cosas que habían adentro, tampoco puede ingresar al estudio que armó en la residencia.

—No hay pruebas, ni per-

ciales ni testimoniales ni psicológicas, que comprueben que es cierto— indica Laumerino en referencia a la condena por maltrato que se le imputó hace ya varios años, luego de que su entonces esposa lo denunciara—. El expediente fue completamente manipulado— reitera el extranjero—. Yo cumplí con la ley, y durante un año recibí atención psiquiátrica en San Miguelito. Lo único que quiero es justicia, porque no es cierto que yo hice nada de lo que se me acusa.

El maestro relojero

Serra llegó a Panamá como empleado de la Casa Fastlicht, una empresa distribuidora de joyería, relojes y ropa, en la década de 1960. Tras graduarse en el "Instituto Brasileño de Relojería", abandonó su cálido país para radicarse en Canadá: "Mucho frío. No me gustó". Por lo que él llama "la fuerza del destino", recibió una oferta en Panamá "y me vine para acá", indica.

El tema idiomático no fue problema, en el istmo se casó y formó una familia: Él, su esposa ("una chiricana", comenta) y dos hijas. Una es fruto de la relación de ambos y otra, de una relación anterior que tuvo su pareja.

A pesar del conflicto con su madre, cuenta que su hija de crianza vive en Chiriquí y, con mucho orgullo, resalta que tiene una nieta de 14 años a la cual ya le está haciendo su anillo de quinceañeros. Es más, comenta que ninguna de las dos jóvenes guardan contacto con la madre, solo con él.

Sobre la hija que tuvo con "la chiricana", cuenta que pudo pagarle una carrera universitaria y hoy es bióloga; sin embargo, entre risas comenta: "Hijo de tigre sale manchado", pues la muchacha, a pesar de su licenciatura, decidió dedicarse a lo mismo que él: La reparación de relojes. Inclusive, comenta Serra, la hija le enseñó el oficio a su entonces novio, con quien al final se casó. "Mi yerno sabe de esto gracias a mi hija", comenta muy orgulloso el brasileño, quien añade: "Hoy ambos trabajan conmigo". A punta de relojes, así como hizo él, su hija y el yerno mantienen un hogar en Ciudad Bolívar y crían a una bebé de un año, la otra nieta de Laumerino.

El negocio rodante

Hace más de 105,189,753 minutos; es decir, 20 años,

¿Quién podría pensar que una van estacionada a un costado de alguien? Pues sí, un carro que no transporta; pero es casa.



Laumerino Serra recuerda cuando iba por las tardes a cenar en la 5 de Mayo. Hoy, asega

'Presos de un reloj'

Laumerino Serra tiene más de medio siglo de dedicarse a la relojería, profesión que aprendió en Brasil.

76 años de vida tiene el brasileño radicado en Panamá.

20 años tiene estacionada en avenida Perú la van donde trabaja.

8 años de que se tuvo que mudar a su camioneta, donde vive.



A pesar del paso del tiempo, siempre hay clientes.

la Casa Fastlicht cerró y Laumerino se quedó sin trabajo. Entonces, decidió instalarse en un local que estaba en la misma calle 32, pero del lado de Calidonia. Ahí puso un taller. "Un día me fui a Brasil y cuando regresé, el dueño del edificio me dice: 'Te tengo una mala noticia, he vendido el edificio y tienes que desalojar, porque lo

van a demoler'. Con la indemnización, terminé de pagar mi casa en Veracruz y construí un taller donde realizaba los trabajos más grandes".

Luego de solicitar un permiso municipal, procedió a poner su local de cuatro ruedas. Inicialmente, lo tenía frente al edificio del Archivo Nacional, sobre la

avenida Perú; pero luego, por solicitud de los funcionarios de esa entidad gubernamental, se movió a la calle del costado, la calle 32. Comenta el relojero que la actual administración ha sido muy amable con él y le han puesto sus instalaciones a disposición; pero que él casi no las usó para no molestar o incomodarlos.

El negocio

¿Cómo es ser

— Yo vivo de esto, mi taller es mejor que el de Nat Méndez y el de Mercurio— asegura Laumerino Serra cuando se le pregunta cómo es el oficio de relojero en el presente—. Yo soy de los mejores de Panamá, por eso vivo de esto. Los demás hacen otras cosas: venden artefactos, joyas, platería. Yo no, yo solo me dedico a la reparación.

Y no se le puede negar al brasileño que la gente lo busca para reparaciones. En 35 a 40 minutos de conversación, la plática se ve constantemente interrumpida por la llegada de clientes que le vienen a entregar aparatos dañados o que, por el contrario, ya van a retirar



En sobres, bolsas de plástico y cajas de herramientas, guarda Serra lo reparado.

sus objetos. Eso sin contar aquellos que llegan de un momento a otro y cuyos trabajos son tan sencillos

que ni siquiera se van por que el trabajo no demora cinco minutos en llevarse a cabo. De esos sobran bas-

tantes.

Asegura el relojero que a su pequeño negocio no acuden figuras pudientes o

famosas, porque, "siempre envié sus relojes con alguno de sus empleados. Pero eso sí, en Panamá no hay nadie que no me conozca, todo el mundo sabe de mí".

A pesar de lo reducido del espacio de trabajo, él tiene todo sumamente ordenado y organizado. Su sistema de clasificación consiste en separar los relojes en sobres amarillos que, a su vez, agrupa en bolsas plásticas— de esas que llaman "Ziploc", en referencia a la marca que las produce— en donde apunta la fecha en que los recibió. Luego, esos paquetes son guardados en cajas de herramientas que oculta dentro del carro para evitar que



Yo soy amigo de mis vecinos, de los piedreros, de todos los que viven por aquí".

Fotos: Josué García | La Estrella de Panamá

Años de edad

Envejecido por el tiempo

El taller del Archivo Nacional es también la residencia de La Estrella de Panamá y negocio. La historia de un relojero brasileño en Panamá

Fotos: Josué García La Estrella de Panamá



La Estrella de Panamá, siente miedo de salir de noche a caminar por las calles.



La parte frontal del auto se ha convertido en su pequeño taller ambulante.

El tiempo hace estragos. Por lo menos, los ha hecho sobre la van, que está oxidada y cuya pintura se ha ido cayendo por partes, a la cual le falta el guardafangos, y que tiene por frenos unas piedras, que le dan un aspecto de chatarra al vehículo. Las ventanas, la lateral y la trasera, están cubiertas por unos banners que anun-

cian los servicios que ofrece y que, además de reparación de relojes y cambio de baterías, también incluyen soldadura de piezas de oro y acero. Las pancartas ocultan que, "por una pedrada", los cristales del costado están rotos. Algo que sí es evidente son los golpes que tiene la carrocería. Por insólito que parezca, Serra explica

que un día, a pesar de llevar todo este tiempo estacionado, otro vehículo lo chocó.

Pese a todo, asegura el relojero que su van es funcional y que si él quisiera podría encenderla y recorrer las calles de la ciudad. Si no lo hace es por un asunto de comodidad: "Aquí adentro tengo todas mis cosas, si arranco el carro y lo muevo,

La tierra madre

¿No quiere volver a Brasil?

— Hace 16 años que no voy a Brasil— comenta Laumerino.

—¿Y eso? ¿No le queda nadie por allá?

—¡Claro que sí!— asevera el artesano— En total somos 9 hermanos.

—¿Todos viven en el mismo lugar?

—Sí. Somos de la parte norte de Brasil, pero nos mudamos para Salvador Bahía, que es donde estamos radicados.

—¿Sus hijas han ido para allá?

—Por supuesto— comenta Serra— inclusive mi hija cumplió sus 10 años allá en Brasil.

—Usted lleva 16 años sin ir para allá; pero, ¿ellos lo han visitado alguna vez?

—No, nunca han venido para Panamá, ellos saben lo que les he comentado.

—¿Tiene la nacionalidad panameña?

—Mi cédula vence en 2024. Tengo cédula tipo E (Extranjero).

—¿No quiere retirarse e irse para allá?

No. Acá tengo a mis hijas y a mis nietas. Además, con el dinero que me gastaría en un pasaje podría hasta comprarme otro carro— comenta.

¿cómo hago para que no se caigan todas?", se pregunta.

El mundo de hoy

—Yo soy amigo de mis vecinos, de los pedreros, de todos los que viven por aquí— asegura Laumerino, quien lo único que critica es cómo la violencia se ha ido apoderando de la sociedad: "Todo empezó en el gobierno anterior, el de Martín Torrijos, con esa ley de Teresita de Arias que se inventaron de que uno no puede entrar al cuarto de los hijos; pero cuando andan en droga o matan a alguien, entonces sí eres responsable", dice.

Dice que, a partir de ese momento, las cosas se han puesto más violentas: "Yo antes, cuanto terminaba de trabajar, me iba allá abajo a bañar— señala sin indicar un lugar específico— y me iba caminando hasta Jimmy's en la 5 de Mayo y cenaba. Ahora, además de que la cafetería se mudó para Obarrío, no me atrevo a andar por las calles cuando cae el sol", asegura.

El tiempo pasa factura.

Cuando llevas 666,201,771 horas de vida, el cuerpo empieza a pedir un descanso. El mismo Serra lo confiesa: A sus 76 años le cuesta ver y se nota en el tono azul, característico de las cataratas, que han ido adquiriendo sus ojos. Sin embargo, a pesar de los achaques y el cansancio, comenta que, con 29,979,079.7 minutos de ejercicio de la profesión, obtuvo su diploma de "relojeiro" en 1957, el retiro no es tan siquiera una opción. "¿Retirarme? ¿cómo? Yo dependo de aquí, mi hija come de aquí, mi yerno y mis nietas comen de aquí... Necesito cubrir mis necesidades".

El otro taller

—Cuando la señora me devuelva mis cosas— especifica Laumerino Serra— me las voy a llevar a la casa de mi yerno en Ciudad Bolívar. Allá voy a instalar el nuevo taller.

Serra cuenta que hace ya un tiempo envió una carta a la primera dama, Marta Linares, para que lo ayudara con su situación legal, pues, reitera, las acusaciones por violencia doméstica "son falsas" y el expediente fue "amañado". Pasó el tiempo, y su misiva no tuvo contestación. Entonces, buscó el directorio y encontró el teléfono del Despacho. "Me la pasé de telefonema en telefonema", indica, hasta que alguien le dio un nombre con quien comunicarse. Hoy no lo recuerda; pero, dice, se trataba de una de las asistentes de Linares de Martinelli, quien le comentó que por ser un asunto judicial, la primera dama no podía hacer nada a su favor.

—¿Qué sintió al quedarse sin hogar un día?

Yo tengo una casa, "minha" casa está en Veracruz, yo pago el agua, la luz, todos los gastos los cubro yo. Lo que quiero es que me devuelvan mi taller.

—Si no puede vivir en Veracruz, y su hija tiene un hogar en Ciudad Bolívar, ¿por qué no se va con ella?

—Yo podría irme a vivir para allá con ella y mi yerno, si inclusive todos los sábados me voy a su casa a visitarla; pero no quiero— explica Serra—. Mi mundo está aquí— asevera en un perfecto castellano mientras que con los brazos hace un gesto que lo rodea todo. Tras un breve silencio, reasume lo que estaba haciendo antes de que fuera interrumpido.



Mi taller es mejor que el de Nat Méndez o el de Mercurio. Soy de los mejores de Panamá"

de las horas

¿Cómo es el relojero hoy?

se puedan ubicar fácilmente por alguien más y se los roben.

—La gente, gracias a Dios, sabe que estoy aquí y viene y me busca; sin embargo, las cosas están más difíciles en la actualidad— lamenta Serra—. Hoy en día se producen, miles, no, millones de relojes por día— se corrige a sí mismo—. Los chinos, japoneses producen aparatos en masa. Los hacen personas que no tienen ningún conocimiento certificado sobre esto, solo ponen, ensamblan piezas. El verdadero relojero, el verdaderamente formado, debe ser astuto y eficaz, muy sagaz y destallista— opina Laumerino. Y no se refiere a los



La falta de espacio no es inconveniente para mantener todo en orden y limpio.

nuevos relojes digitales que comercializan marcas que son conocidas por producir aparatos electrónicos. De

esos, ni siquiera habla.

El "Instituto Brasileiro de Relojoeria" certificó a Serra como "relojeiro" en 1957.

Hoy en día, cuenta el extranjero, la profesión ya no se aprende en las escuelas técnicas, sino de manera

empírica, algo que para él no es correcto; porque, asegura, los relojeros de hoy no comprenden la profesión realmente.

Justamente su carrera técnica es un orgullo para él, cuando entrega su tarjeta, se puede observar que la imagen de fondo del documento donde apunta sus datos es una copia de su diploma de graduación.

"Si comparamos los relojes que se venden hoy con los de ayer, los antiguos siempre serán mejores", indica Laumerino, quien añade: "Mis marca favorita es Rolex. Trabajé con ellos en São Paulo y también en Panamá".